



CONFERENCIA MUNDIAL SOBRE MISIÓN Y EVANGELIZACIÓN

VEN, ESPÍRITU SANTO, SANA Y RECONCILIA

Llamados en Cristo a ser comunidades de reconciliación y de sanación

Traducción del inglés
Servicio Lingüístico, CMI

Atenas (Grecia), 9-16 de mayo de 2005

Meditación 15 de mayo

Documento No **1**

EL DON DE ENTENDIMIENTO

Por el Rev. Dr. Samuel Kobia

*“El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre,
él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho.”
(Juan 14:26)*

En el capítulo catorce de Juan encontramos a Jesús exponiendo ideas y conceptos que a sus discípulos les parecen más bien difíciles de comprender. Jesús les enseña acerca del camino, la verdad, la vida y el amor.

La profundidad filosófica de estos conceptos les resultaba difícil de seguir a los discípulos de Jesús. Se debieron de sentir bastante confusos cuando Jesús siguió diciéndoles

Yo soy en el Padre, y el Padre es en mí, y puesto que yo soy en vosotros y vosotros sois en mí, entonces el Padre está en vosotros... y “porque yo vivo, también vosotros viviréis” (v.19)...El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él (v.23).

Al menos tres de los discípulos fueron lo bastante honestos para admitir ante Jesús que encontraban más bien difícil seguir el hilo de sus pensamientos. Tomás, que era muy franco, le confesó a Jesús que no tenía ni idea de adónde pretendía llegar, mucho menos del camino que le llevaría hasta allí (v.5). Felipe le dijo a Jesús que a ellos les bastaría si Él les mostraba al Padre (v.8). Y Judas (no el Iscariote) le pidió a Jesús que les explicara cómo era que iba a manifestarse a ellos y no al mundo (v.22).

Los discípulos encontraban tan difícil de entender este discurso concreto que Jesús terminó por decirles que, si no podían comprender aquello de lo que él estaba hablando, “entonces creedme por mis obras” (v.11).

Es éste el trasfondo en el que debemos comprender el texto de nuestro mensaje esta tarde. Desearía fundar mis reflexiones en el versículo 26 de Juan 14: "...el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho". El Defensor, el Espíritu Santo que Jesús prometió que enviaría a los discípulos, llegó al fin. En nuestro mensaje de hoy, me gustaría reflexionar sobre lo que ocurre cuando llega el Espíritu Santo. El mismo tema de la Conferencia que ahora está llegando a su fin es "Ven, Espíritu Santo...". ¿Qué ocurre en realidad cuando viene el Espíritu Santo?

Tal como sabemos por Pentecostés, ocurren muchas cosas cuando viene el Espíritu Santo, entre otras, el advenimiento del Espíritu Santo representa el don del entendimiento y éste es el tema de nuestra meditación de esta tarde.

En Pentecostés, el don del entendimiento acabó con la confusión de lenguas que se produjo en Babel. La ambición humana y el egoísmo fueron las causas que motivaron la construcción, en la llanura de Shinar, de una imponente torre que llegara al cielo con el fin de "hacerse un nombre". Como consecuencia del intento de frustrar el propósito y la voluntad de Dios, se destruyó la unión de los seres humanos y quedamos cautivos en nuestras propias lenguas, separados por nuestra incapacidad de oír o ser oídos, de entender o de ser entendidos. Debido a que los seres humanos buscaban competir con Dios o, más aún, jugar a serlo; debido a la ambición humana por alcanzar grandes logros, por su desprecio por el plan de Dios, la diversidad de lenguas en Babel quedó reducida a una maldición, y ha servido para hacer apenas nada más en este mundo que mantener las diferencias y erigir un muro de etnocentrismo detrás del cual podemos escondernos y con el que podemos escudarnos frente a los demás.

Por otro lado, en Pentecostés, la diversidad fue vencida por un poder que la trascendió, por el poder de entender, de oír en el lenguaje de cada uno, con su propio acento o dialecto regional, el relato sobre las magníficas obras de Dios.

El don del entendimiento no menoscabó la diversidad de esa gran multitud en Pentecostés; las personas no dejaron de ser quienes eran: medas, persas, elamitas. No fueron reducidos a una vaga generalidad sin pasado ni lugar. No; no se convirtieron en algo menos de lo que habían sido, sino en algo más, porque se convirtieron en uno solo con todos aquellos que habían oído y entendido que Dios estaba vivo y activo en este mundo, y dispuesto a que todos ellos participaran en los propósitos de Dios. Es precisamente la realidad de una situación particular lo que hace tan poderosa y atractiva la dimensión universal.

Y esta ha sido nuestra experiencia en esta Conferencia sobre Misión. Cada día al reunirnos para el culto hemos recitado la Oración del Señor, cada uno en nuestro idioma; hemos compartido nuestras experiencias desde los diversos contextos en más de 105 países representados por más de 600 participantes; nos hemos comunicado relatos y testimonios sobre las grandes obras de Dios en nuestras vidas. Hemos enriquecido así nuestras respectivas espiritualidades, y hemos profundizado en el entendimiento de nuestra unidad en la diversidad. Las realidades de nuestras particularidades hacen más fuerte y significativo lo universal.

La unidad de la Santa, Católica y Apostólica Iglesia de Cristo es una unidad basada en el entendimiento de quién es Dios y lo que Dios ha hecho, hace y hará en nuestras vidas, en nuestras iglesias, en nuestros países. El entendimiento que ha unido a los fieles es un entendimiento de las poderosas obras de Dios, pero hay otro entendimiento también operante, que es el entendimiento de que otros oyen sobre las mismas obras poderosas de Dios en sus

propios idiomas. El evangelio no es nuestro evangelio que ha de ser traducido desde nuestro idioma y nuestra experiencia en beneficio de otros; antes bien, el evangelio es la buena nueva de Jesucristo que todos nosotros tenemos el privilegio de escuchar, y la unidad de lo que escuchamos supera la diversidad de quienes somos. Como cristianos somos miembros de una comunidad que desborda nuestra capacidad de definirla. El don de entendimiento que recibimos del Espíritu Santo trasciende la lógica y la diversidad y es un don del espíritu de unidad; unidad de la Iglesia de Jesucristo y unidad de la humanidad dentro de la casa única de Dios.

En el tiempo que hemos estado juntos aquí en Atenas hemos orado y cantado en numerosas ocasiones, Ven Espíritu Santo... Y seguiremos diciendo esta oración mucho tiempo después de haber regresado a nuestros respectivos hogares y países. En efecto, la venida del Espíritu Santo define la misión de la Iglesia en un contexto más amplio que es incluyente, celebrante y lleno de un renovado fortalecimiento de la fe.

Hemos dicho ya que la construcción de la Torre de Babel fue un empeño egoísta suscitado por un espíritu rebelde cuya lógica tenía como motor la idolatría y el ansia de poder. En nuestro mundo de hoy descubrimos una lógica similar que promueve la tendencia dominante de crear y mantener un sistema mundial que concentre el poder económico en pocas manos y que controle los recursos del mundo condenando a millones de pobres a una vida y una muerte miserables.

Cuando el Espíritu Santo nos bendice con el don de entendimiento, nos capacita para discernir un mundo roto, fracturado, dividido y violento; un mundo que necesita sanación y reconciliación.

Cuando el Espíritu Santo nos bendice con el don de entendimiento, nos capacita para discernir una humanidad cuyos miembros están perdiendo rápidamente la capacidad de relacionarse como seres humanos; en la que los seres humanos se ven reducidos a productos de intercambio y el valor del individuo se mide por su capacidad de consumir.

Cuando el Espíritu Santo nos bendice con el don de entendimiento, nos capacita para discernir el peligro en que hemos puesto al resto de la creación, la cual gime continuamente por su liberación, lo mismo que los seres humanos que padecen opresión.

Cuando el Espíritu Santo nos bendice con el don de entendimiento nos capacita, como al Apóstol Pablo aquí en el Areópago, para confrontar a los sabios e inteligentes con la verdad del Evangelio de Cristo. Los filósofos epicúreos y estoicos despreciaron a Pablo preguntándose qué es lo que aquel balbuciente estaba intentando decir. Pero, con el poder del Espíritu Santo, aquel balbuciente no sólo los rebatió, sino que su mensaje sobrevivió para transformar las vidas de millones de personas en todo el mundo. Y hoy, 2000 años después, nuestra presencia aquí, viniendo de todos los rincones de la tierra, es un poderoso testimonio del éxito del evangelio que S. Pablo proclamó por primera vez a los atenienses.

Lo mismo que en la época de la visita de Pablo a este lugar, cuando se percató ante el Areópago de lo extremadamente religiosos que eran los atenienses de su tiempo, también en nuestro mundo de hoy buscamos recibir el poder del espíritu para ver los ídolos modernos como lo que son en realidad: el Mamón de nuestro tiempo. En esta época de globalización económica se ha elevado el dinero al rango de ídolo: sin él, no eres nada, y por él se intercambian y venden hasta los seres humanos. Y esto ocurre en muchas capitales de países

del Norte, el Este, el Oeste y el Sur. Los más afectados por el proceso de globalización son los jóvenes

Oremos para que el Espíritu Santo bendiga a nuestros pueblos con el don de entendimiento y los capacite para ver visiones y soñar sueños que hagan posible el surgir de otro mundo; otro mundo posible que sea más justo, más servicial, más participativo, más pacífico. Que los jóvenes participantes en esta conferencia y los que frecuentan nuestras congregaciones y parroquias aporten nuevas ideas y energías al movimiento ecuménico y a nuestras iglesias. Que nuestra juventud encuentre una vida más significativa y plena, y considere misión suya transmitirla para inspirar a otros jóvenes cuyas vidas están vacías y carentes de significado.

Y hoy, que es el domingo que la tradición Ortodoxa dedica a la mujer, en honor a María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé, que fueron las primeras en dar testimonio de la tumba vacía, alabemos a Dios por la valentía espiritual de estas mujeres, las cuales fueron también realmente las primeras en escuchar la buena nueva del mismo Señor resucitado y literalmente corrieron a dar la noticia a los discípulos. Alabamos a Dios por el ministerio de la mujer que, desde entonces, ha continuado siendo la fortaleza de nuestras congregaciones y parroquias. Oremos para que el Espíritu Santo incremente la capacidad de la mujer en las iglesias y en la sociedad, en una época en la que la humanidad está necesitada de valentía y de esperanza para conseguir una sociedad más humana y el respeto de la vida.

Oremos para que el Espíritu Santo nos bendiga a todos nosotros aquí, y a nuestros hermanos y hermanas en Cristo que viven en todas las partes del mundo, para que emulemos al Apóstol Pablo y proclamemos con audacia las buenas nuevas, incluso cuando esto signifique enfrentarnos a los poderes y principados de nuestro tiempo; incluso cuando signifique decir la verdad al poder; incluso cuando signifique asumir riesgos al superar la violencia y todas las demás formas de opresión y discriminación en nuestras comunidades.

Hermanas y hermanos en Cristo, nuestro mundo de hoy necesita urgentemente una brújula moral. Por ello, parte de nuestra misión y vocación consiste, hoy en día, en empeñarnos en un discernimiento espiritual, a fin de que podamos distinguir la autenticidad entre la multitud de mensajes que pretenden salvar a la humanidad de sus propios males.

Al abandonar este lugar, este lugar tan especial, el lugar santificado donde estuvo Pablo y desde el cual proclamó la buena nueva del Cristo resucitado, acojamos con benevolencia la generosidad de Jesús que derrama su espíritu sobre el mundo que necesita un salvador.

Marchemos de este lugar con la renovada energía recibida del Cristo resucitado y equipados con la oración, Ven Espíritu Santo ... ayúdanos a superar nuestras diferencias y una nuestra diversidad con el don de entendimiento. Como el Apóstol Pablo y los Discípulos de Cristo, que escucharon la buena nueva tal como eran ellos, en el lugar donde estaban, pero no volvieron nunca a ser los mismos, dejemos que el mismo Espíritu Santo venga sobre nosotros, nos convenza y nos transforme de forma que nunca volvamos a ser los mismos.

Pentecostés es el Espíritu, uno de cuyos dones es el de entendimiento, el de saber quiénes somos y de quién somos. Al marcharnos, celebremos una vez más aquel don concedido a los Apóstoles y a nosotros, pidiendo que, como los transformó a ellos, nos transforme también a nosotros, y orando: Ven Espíritu Santo, transforma el mundo que Dios amó tanto que envió a su Hijo unigénito para enseñarnos cómo vivir y relacionarnos, cómo morir para nosotros y para nuestra salvación, y cómo vencer a la muerte volviendo a resucitar de la muerte a la

gloria del Dios Uno y Trino, de modo que hoy podamos decir que Cristo ha resucitado, ha resucitado realmente, vayamos y proclamemos la buena nueva. Amen.